

VERDE OLIVA

XAVIER ALCALÁ



Colección: Novela Histórica
www.nowtilus.com

Título: Verde oliva
Autor: © Xavier Alcalá

Copyright de la presente edición © 2012 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-356-1

A Sindo Seixido, obrero,
enlace de la guerrilla
antifranquista, que perdió
una guerra en España
y pudo ganar otra en Cuba.

In memoriam a don Manuel Fraga,
profesor, estadista, que no intervino
en la guerra de España y pensaba
que Cuba tardaría mucho
en ser libre.

A ambos mi agradecimiento
por cuanto me contaron de su Isla
Hechicera desde muy distantes
puntos de vista.

ÍNDICE

Nota del redactor al lector	11
Introducción. El fin de la historia	17
Capítulo 1. Golpe y contraataque.....	21
Capítulo 2. La entrega	51
Capítulo 3. Mily y Mariana	83
Capítulo 4. Entre famosos	113
Capítulo 5. Todos contra la paz	143
Capítulo 6. La decisión.....	177
Capítulo 7. Adiós a La Habana	209
Capítulo 8. Al pie de la sierra.....	241
Capítulo 9. Un ejército roto.....	273
Capítulo 10. El señor del quimono	305
Capítulo 11. Nunca, nunca, nunca.....	339
Epílogo necesario.....	369
Glosario	375

NOTA DEL REDACTOR AL LECTOR

Respetable lector, dueño de las páginas que siguen:

Antes de que empieces a leer la historia de Mariana, déjame que te cuente algo de intrahistoria y de prehistoria.

La intrahistoria comienza en una villa culta de la «costa de los indianos», marcada entre Santander y Coruña por casas modernistas con palmeras que intentan recordar a las del Caribe. Allí, durante un festejo literario conocí a Fe Rodríguez Rocha, quien contó una historia deliciosamente nostálgica sobre «gallegos» de Cuba. También habló de su amiga Juana Maseda Samartín, que había sido muy activa en la revolución contra Batista.

Fe me presentó a Juana, mujer sorprendente, al tiempo templada y apasionada. Hablaba de Eddy Chibás, de Fidel Castro y sus cuñados Díaz-Balart, de Chucho Montané, Raúl Roa, Hemingway, Miguel Ángel Quevedo, Luis Conte Agüero, Jorge Mañach, Ramiro Gómez Kemp, Alberto Baeza Flores, Francisco Carone Dede... como seres tangibles. Y también de los grandes criminales al servicio de Batista: Ventura (a quien Graham Greene llama Segura en *Our man in Havana*), Masferrer, Carratalá, Zayas... Los había tratado en persona. Más aún, había tratado a los militares que iban a perder la guerra, incluso al temido coronel Chaviano del cuartel de Moncada.

Sin los recuerdos y la documentación de Juana Maseda Samartín nunca se podrían haber escrito las aventuras y desventuras novelescas de Mariana, muchacha entregada a una mítica revolución contra el tirano que había sometido a la Isla Hechicera. Juana Maseda tuvo años de paciencia con este redactor, que da voz a Mariana. Me explicó lo que no está en los libros de Historia de Cuba y lo contrastó con recuerdos de otros «antiguos jóvenes» que vivieron como ella el batistato entre 1952 y 1958. También me entregó notas sobre sus propias vivencias; y, con el tiempo, iría corrigiendo detalles de la trama —complicadísima, secreta— en la que nuestra protagonista se vio envuelta...

Le pido disculpas a Juana por no haber podido incluir en una novela todo lo que me contó de su realidad personal, familiar, de los conocidos y los amigos de Cuba. Le estoy muy agradecido a ella y a las lectoras que, como ella, criticaron el texto literario desde un punto de vista femenino: María González Encinar, Tati Mancebo y Marilí Piñeiro. También agradezco las correcciones y mejoras de colegas escritores, destacando a Juan Ramón Allegue, que se llevó sorpresas al leer las andanzas de Mariana, y a Manuel Sánchez Dalama, que poco se sorprendió porque es hijo de un enlace de las guerrillas entre La Habana y Santiago...

En cuanto a la prehistoria de Mariana, anterior al momento en que ella empieza a narrar, se puede hablar de una sucesión de casualidades en tiempos duros. La heroína sin pretensiones pudo haber nacido en La Habana y criarse allí, desde siempre en el ambiente que conduciría a la rebelión contra Batista; pero vino al mundo en una aldea de la Mariña lucense mientras el médico le decía a su madre: «Haga fuerza, doña Dominga, que tengo mucho herido que curar». Era el 20 de julio de 1936.

Mariana pudo ser una gallega más y nunca ir a Cuba, ni de visita a sus familiares de allá. Pero a los catorce años desembarcaba del famoso *Marqués de Comillas* en el puerto de La Habana.

Mariana nació en España por culpa de un problema burocrático de su padre, Serafín del Perito.

Serafín era hijo del agrimensor más acreditado en la comarca. De pequeño tuvo la mejor escuela que había por allí y el refuerzo de un cura que enseñaba a los chicos valiosos, siempre

con intención de que acabasen en el seminario. Pero el Del Perito prefirió irse a La Habana.

Reclamado por un hermano suyo, allí hizo carrera variada, hasta llegar a empresario de panadería. Fue cantor de coro del Centro Gallego, donde conoció a Dominguita, hija de un fundador de la institución. Este «gallego de verdad», don Carlos, estaba casado con doña Ignacia, criolla que alardeaba de española e hija de un capitán del ejército derrotado por los mambises.

Serafín fue miembro de la asociación ABC y desde joven militó contra los abusos del poder y la corrupción. Cuando se casó con Minguita, en 1935, hacía poco que los esbirros de Batista —en su primera presidencia— habían asesinado al político revolucionario Antonio Guiteras. Eran tiempos inseguros en La Habana y Serafín entendió que era el momento de excusarse con un viaje a Galicia, para presentar a su esposa a la familia. Estarían un par de meses fuera.

Pero los mareos de Dominguita durante la travesía no se debieron sólo a las olas. Y, ya en su pueblo, Serafín se encontró con un problema: no podía salir de España antes de haber tramitado la exención del servicio militar, lo que llevaba años sin hacer en La Habana.

Los trámites militares se atrasaban y el embarazo de Dominga progresaba. Cuando se resolvió el papelorio, la embarazada ya no estaba para viajar ni en coche.

Después vino la guerra, y con ella la necesidad de un hombre en casa de la señora Carmen del Perito. Acabó la guerra grande y vino la guerra pequeña, el maquis. Entre los primeros recuerdos de Mariana están los camiones con soldados y guardias civiles, y los sucesos que contaban los más íntimos de la familia en torno a la chimenea cuando «la nena» se hacía la dormida en brazos de su madre.

Su padre escuchaba en la radio «emisoras prohibidas» y hablaba de guerra por todo el mundo. Eso duró mucho; Mariana era una niña mayor cuando leyó en los periódicos que el Japón se había rendido.

A pesar de la guerra mundial no faltó el correo entre España y Cuba. De La Habana llegaban cartas, fotos de la familia y revistas. Esteban, hermano de Minguita, mandaba asiduamente Bohemia. Sus

hermanas, publicaciones para señoras. De todo lo visto y leído, y de lo comentado por sus padres, Mariana se hizo la idea de que Cuba era un país de prodigios.

La abuela Carmen, tan amorosa, quedó imposibilitada y se fue yendo, consumiendo. A la altura de su fallecimiento Serafín y Dominga ya tenían preparada la vuelta a La Habana. Todavía hubo que esperar a que abogados, notarios y registradores empapelasen el patrimonio de Serafín para decirle adiós a un buen pedazo de vida.

Mariana soñaba y temía el adiós a la aldea, a la casona del Perito, a los campos, los prados, los pinares, la playa, el olor del pan cuando se cocía, las caras y las risas de las amigas y de los chicos que las miraban. Pero pudo más el sueño de viajar. Ya no era ir a Coruña, a ver los barcos en el puerto. Era embarcar, irse a otro mundo.



Y a otro mundo llegó, a una ciudad que no se imaginaba por mucho que dijeran de ella las fotos: enorme, llena de coches de película, calles donde sonaban continuamente músicas de radio y de altavoces; casas donde había cocinas de gas y frigidaires con refrescos, y cines en los que se estrenaban las películas recién salidas de Hollywood. Desde allí España parecía algo muy triste, de lo que se hablaba con pena. Mariana, agasajada por su familia, paseada por sus primos, sorprendida continuamente, se convenció, casi, de que había viajado a Marte.

Se zambulló en La Habana toda, como en las aguas de Tarará, playa exclusiva de sus primas. Se sumergió en Cuba, se vio cubana enseguida, absorbió el país como una esponja de las que embellecen el Mar de los Caraíbas. El Colegio Academia Baldor le marcó un camino de patria como a tantos que venían de fuera. Sus compañeros más próximos en el aula se apellidaban Moure, Müller y Muruyami y, aun así, se sentían cubanos.





A ellos como a sus colegas criollos de muchas generaciones, del mismo modo brutal, los iría a hacer mayores antes de tiempo la tiranía que se instauró el 10 de marzo de 1952.

INTRODUCCIÓN

EL FIN DE LA HISTORIA

Mi historia acaba el 1 de enero de 1959 en el único café de una población humilde de la costa de Lugo, cerca de Asturias. Ese día supimos que Batista había huido. Lo anunció la radio y lo confirmaron llamadas de La Habana a Ribadeo. «El Hombre se fue», decían. El señor Serafín, mi padre, contrastó informaciones. Doña Minguita la cubana, mi madre, se afligió muchísimo porque nuestra familia de allá estaba dividida entre batistianos y revolucionarios y las represalias enseguida iban a sentirse: la sangre no había corrido en balde durante siete años de tiranía.

Bien entrada la tarde, ya noche, los jóvenes del pueblo nos fuimos juntando a tomar los cafés que acabasen de serenar las cabezas, alegradas en el baile de fin de año. Hicimos piña los repatriados, escapados por suerte y con astucia cuando nuestras vidas nada valían en La Habana. Apenas hablábamos porque no teníamos sitio en el cuerpo para tanta felicidad. Habíamos vivido para ver el triunfo. Yo me puse a llorar sin sollozar, lágrimas que se me caían mientras la radio del señor Servando, entre botellas de Fundador y Anís del Mono, confirmaba a este lado del Atlántico lo que había pasado en la Jerusalén del Caribe.

A los que éramos miembros del Movimiento 26 de Julio (M-26-J) en la guerra contra Batista se nos unieron los amigos

que habían estado con nosotros un día antes en la fiesta de las uvas y la sidra. De vez en cuando se abría la puerta y, con el frío húmedo del invierno en la Mariña lucense, entraba alguien dispuesto a saber por «los rebeldes» qué significaba el triunfo de la Revolución.

Uno de los que abrió la puerta fue el que me había pronosticado la santera de La Víbora. Lo conocí de cerca la noche anterior, en el baile. Pero ya sabía de su existencia; lo había visto en foto en casa de sus padres, jurando bandera: buen porte con su uniforme y los guantes blancos, fusil levantado a pulso, bayoneta calada, gorra en la otra mano. Tenía un perfil como el de Rudolf Müller, nuestro ídolo de la Academia Baldor, de La Habana. Comparado con los soldados harapientos de mi prisión al pie de Sierra Maestra, aquel recluta español parecía un dios de la guerra.

Venía a saber noticias frescas y nos miramos, pupila contra pupila. En un momento se paró el mundo, dejé de oír hablas cubanas y recordé lo sucedido la Nochevieja.

Él esperó a que yo descansase de las varias piezas que me habían solicitado amigos suyos. Espaldas contra la pared, no sacaba a bailar a ninguna de las chicas que lo miraban en su traje oscuro, la corbata azul algo descolocada y el cuello de la camisa desabrochado.

Cuando creyó que se me habría pasado el cansancio, se acercó con una sonrisa segura y modesta al tiempo, me miró con ojos claros, verdosos, deseosos. No tuvo tiempo a solicitarme porque le tendí la mano. La orquesta se ponía a estropear un bolero que ensalzaba unos ojos negros, como los míos.

A la segunda pieza me dijo que habíamos salido juntos en una foto poco antes de marcharme a Cuba. Fue en la boda de su hermana y siempre que veía aquel retrato se preguntaba por mí.

—¿Cuántos años tenías cuando te fuiste? —preguntó sin perder el paso.

—Catorce.

—Pues entonces ya eras una mulleriña —y, al decirlo, se le subieron los colores a las mejillas...

Era él, el que veía la negra maga de La Víbora. Hasta él me había traído San Lázaro, Babalú-Ayé, el Muertero de la medalla pendiente de mi cuello.

Por eso no volví a Cuba para saborear el triunfo. Me fui quedando, cogida de su mano recia y tierna que acariciaba la cicatriz de bala en mi brazo. El nuevo gobierno me pidió que volviese, me ofrecía el puesto que había dejado...

Un día nos juramos fidelidad a la vista del Cantábrico azul pálido, tranquilo, rocas horadadas y hendidas por testigos. Entonces, sin mediar palabra, avancé hasta las olitas que se retiraban con la marea y lancé una pistola al agua. Después le entregué la medalla de san Lázaro con una promesa.

La cumplí. Le relaté los avatares de mi ilusión, de la ilusión de incontables muchachos que luchamos sobre la tierra caliente de Cuba contra el tirano. Pasaba el tiempo y yo sentía que mi nombre secreto, Mariana, se perdía para siempre en las bocas de los que lo pronunciaban, tantos de ellos ignorando a propósito mi verdadero nombre para que la tortura nunca se lo pudiera arrancar.

Soy Mariana como Alejandro era Fidel o como Lucas era su amigo Luis, mi jefe en el M-26J. Siendo Mariana, voy a contar mi vida en la Isla Hechicera, que a todos se nos posa en el fondo del alma, y lo haré usando nombres de guerra, de servicio a la causa, junto con nombres reales de los que nos acompañaron en un batallar a hierro, plomo, sangre, lágrimas, mucho sigilo y mucho miedo.

1

GOLPE Y CONTRAATAQUE

Curso 1951-1952. Último trimestre, que voló. Volvimos al colegio con la ilusión de reencontrarnos a los colegas y un interés pícaro de conocer nuevos compañeros, quizá merecedores de apodos. Éramos quinceañeros uniformados, bromistas; pero el ambiente nos obligaba a conversaciones de adultos. En el recreo y en las guaguas hablábamos de la protesta general contra Prío Socarrás.

La muerte de Eduardo, Eddy, Chibás nos había impresionado a todos. Aquel político que llevaba una escobita en la solapa, que prometía barrer la corrupción en Cuba, se disparó con un revólver porque no había conseguido justificar una acusación. Fue hablando en una emisora, ante el micrófono. El disparo no se oyó por la radio porque el suicida se había pasado de tiempo en su discurso y le cortaron la conexión, pero resonaba en todas las conciencias. Nuestro compañero Muruyami nos explicó el haraquiri, el suicidio por dignidad. Chibás había sido un hombre digno, al estilo japonés.

A esa altura fue cuando destacó por su manera de discursar el tal Fidel Castro. Era cuñado de Waldo Díaz-Balart, el guapo que andaba con mis primas mayores en Tarará. Mi padre decía que Fidel aparentaba ser muy chibasista pero que Eddy no era «castrista».

—A ese muchacho hay que dejarlo hablar, gallego —le confidenció Chibás a Serafín—. Que hable, a ver a dónde nos quiere llevar. A lo mejor hay que cortarle las alas.

Faltaba poco para las elecciones presidenciales que habría ganado Eddy Chibás fácilmente. Muerto el guía de los «ortodoxos», Castro y otros miembros jóvenes del partido pregonaban su fidelidad a la línea marcada por el hombre de la escobita. De eso hablaban papá y el tío Ricardo yendo en coche de La Víbora a El Vedado el día de Navidad.

—Una cosa es que te cayera bien el Chibás, Serafín, carajo, y otra que te fueras a fiar de él. Y tampoco me valen los nombres que das —se posicionó el tío, mientras mamá, tía Marcela y yo escuchábamos.

Entre los nombres que daba mi padre estaba el de Francisco Carone, profesor de Leyes, catedrático, famoso por no cobrar en los pleitos políticos, «otro ejemplo de honradez ortodoxa».

—La decencia es posible, Ricardo —concluyó llegando a casa de los abuelos, donde no se celebraba la Nochebuena por la enfermedad del viejito, pero sí se recibía por Navidad.

Nos recibió la tía Cruz, cuidadora de sus padres. Ya estaban de visita los Cervera, vecinos catalanes muy vestidos, la señora cargada de alhajas. Dominga, Marcela y Cruz se excusaron para ir a ver a su padre encamado. Yo las seguía cuando se oyó la orden de la abuela:

—Dominguita, hija, que la niña no vaya.

Mamá me retransmitió la orden de su vieja y me quedé, pensando que me libraba de la visión penosa del abuelo paralítico y porque me gustaba oír las conversaciones de los señores. Serafín y Ricardo, todavía engranados en la discusión del auto, retomaron materia con el señor Cervera. A Ricardo, mayorista de víveres, y al catalán, almacenista de telas, les molestaba que la universidad se usase para politiquear. Ahí entró de nuevo Fidel Castro.

—Fue compañero de clase de mi hijo Richie —informó el tío—, pero sólo se parecen en lo que les gusta el deporte. Mi hijo era estudioso y ahí está, ascendiendo en el City Bank.

Fidel no daba golpe, era un activista, hijo de un gallego tan viejo que ya había estado en la guerra de independencia cubana.

—La revuelta de Cuba fue una guerra civil, porque los criollos eran tan españoles como nosotros —me escandalizó Cervera con una versión tan distinta a la de las aulas del Colegio Academia Baldor.

El caso era que el viejo Castro, Ángel de nombre, volvió a Cuba pasada la guerra, se casó con una maestra y después se arregló con una muchachita. De ese apaño con ella tuvo un montón de chicos, uno de ellos ahijado de Fulgencio Batista.

—Con lo que eso significa —aclaró papá mirándome—, que aquí el padrino no es un pariente o un amigo, como en España. Es alguien que puede ayudar al ahijado a superar obstáculos, que los hay de sobra en un país como este.

—Sin reglas ni moral —redondeó Cervera, que mostraba mucho desdén por los cubanos.

El sargento Fulgencio (el general Batista en los libros) apadrinó al hermano pequeño del Fidel, Raulito. Las relaciones de Batista con el viejo gallego eran buenas, venían de muy atrás y de la vecindad. Ángel Castro ejercía de cacique en Birán, «un agujero en el monte». El «general de pacotilla» era natural de Banes, el «puerto de los yanquis». Ambos eran figuras notorias en las tierras bravas de Holguín...

La charla se animó. Se incorporaron a ella mamá y las tías, después de ver a su viejo muerto en vida. Yo gozaba pensando en repetir en el colegio la historia de los Castro bastardos cuando se produjo una aparición difícil de creer.

La negra Andrea, uniformada de gris y blanco, trajo a nuestra presencia a otras dos morenas. Una era muy vieja, toda arrugas, envuelta en un estampado de flores azules sobre amarillo, del turbante a los pies. La otra, con blusa blanca y falda roja, conservaba restos de lozanía a pesar de los rizos grises. De joven debió de haber sido una belleza agreste.

Ante las miradas atónitas de los Cervera, las dos se lanzaron a los brazos de la abuela y sus hijas. La menos vieja se saludó con tío Ricardo y papá, que se levantaron a darle la mano. Sin soltar la de Serafín, sonriendo con descaro, se dirigió a mamá:

—Ay, Dominguita, qué pena que no me prestaras al Serafín. Yo que siempre quise tener un hijo con un gallego, que con ellos salen los mulaticos mejores.

—Niña, vamos a ver a tu marido —dijo la anciana de atavío escandaloso y allá se fueron, ella cogida del brazo de nuestra matriarca, y yo empecé a dudar de si estaría en un sueño: ¡Una negra tratando así a doña Ignacia!

—Esa viejita crió a mamá y por eso le llama «niña Ignacia» —Dominga se adelantó a explicar a los catalanes—. Era esclava de mi abuelo. Como era capitán, le correspondía una pareja de esclavos y los suyos eran esta Rosario y el Antolín. La que viene con ella es una hija, Antolina, que siempre nos dijo la volvían loca los rubios —hizo un cariño a la mano de su marido y los matrimonios rieron abiertamente—. Mi abuelo fue muy generoso porque liberó a sus esclavos... Se querían mucho todos, los amos y ellos, y la Rosario ya se bautizó con el nombre de mi abuela cuando vino un cura y casó a la pareja. El abuelo los liberó porque Antolín le salvó la vida. Es una cosa curiosa: el abuelo dormía la siesta al fresco en el monte, y el Antolín se mantenía a su lado por si algo le pudiera pasar. Y una tarde bajaba una serpiente por el tronco del árbol y ya le iba a picar al abuelo y Antolín se dio cuenta y la cortó en dos con el machete...

Nunca olvidaré ese día de Navidad, porque en él aprendí mucho de Cuba, de lo que no se escribe y hace que una se sienta parte de la gente con la que vive. Pena no haber conocido al bisabuelo capitán y a su esclavo salvador para que me contasen en detalle el episodio de la serpiente.

10 de marzo de 1952. Mi despertador no llegó a sonar. Me espabilé viendo a mamá apretar el botón que impediría a la bola tocar las campanillas; se sentó al borde de la cama, suelta la melena negra, un azulón de ojeras marcándole la piel pálida bajo los ojos negros, demasiado grandes; se recompuso la bata y habló, muy seria:

—Hoy, Mariana, nada de salir de casa. Hubo un golpe de Estado y no están las cosas claras. Papá después te lo explica.

Papá escuchaba la radio en pijama, tomaba café y se pasaba la mano por la calva: Batista. El general Fulgencio Batista Zaldívar. Columbia. Mandos militares. El presidente Prío desconcertado.

—Madrugaron estos cabrones —fue su comentario seco para insistir en la precaución—: Mariana, hoy no vas a la Baldor, y no salgas hasta que yo te lo diga.

El viejo se vistió y se fue. Ocupé su lugar al lado de la radio, cambiando de emisora, la Progreso como referencia. Los militares se habían juntado en la base de Columbia en apoyo al general y le daban un ultimátum a Prío Socarrás.

Llamé a mi compañera Teresa, que andaba con tipos mayores porque tenía un hermano en la universidad. Me dijo en voz baja que iba a haber «respuesta», reparto de armas, resistencia. Por mi cabeza pasaron trechos de conversación sobre el alzamiento en España, el tumulto en medio del que nací; recordé historias de lareira, de lumbre y castañas. ¿Y si hubiera en Cuba una guerra como aquella?

—No lo creo, m'hija. Acá la gente no es tan brava —fue su respuesta.

Le pedí que me dejase bajar a hacer las compras en la esquina, pues todo parecía tranquilo según se veía por la ventana. Bajé. El negro Juan le limpiaba los zapatos a un vecino gordo, y no hablaba. En la bodega de los chinos atendía el mostrador Lino, el hijo estudiante de Medicina. Sus párpados estirados no dejaban escapar emociones cuando me entregó la bolsa de papas. Pero fue claro en el mensaje:

—La cosa está fea, chica, y va a haber que organizarse.

En el portal Juan descansaba con una sonrisa triste. Con el cigarro apuntó a una tira de billetes de lotería pinzados en su tablero.

—A cuidarse, niña, que nos cayó número feo —y reparé en que las cifras de la tira comenzaban por 10352... 10-3-52... En el fresco de la escalera imaginé a Juan metido en la cábala mientras esperaba clientes y en las reuniones en que los negros se encontraban con los espíritus. Los espíritus les predecían el futuro. ¿Como sería el futuro a partir del 10 del 3 del 52?

—Complicado —sentenció el señor Serafín, que ya había andado recorriendo la ciudad y recogiendo informaciones de clientes y amigos políticos—. Prío dejó hacer mucho a los ministros y dio ocasión para esto. Habrá que esperar, a ver si hay elecciones y se aclara la cosa. Pero, volviendo a Batista, veo el futuro complicado.

Seguimos oyendo la radio y viendo la televisión. Se consumió el día. Me fui a la cama recordando un discurso radial que resumía lo acontecido:

Desde la muerte de Eddy, que quería barrer la podredumbre del país, sobre nuestra Isla se venían formando nubes inmensas de color sanguíneo, cárdeno, negro, cargadas de pasión, de cólera, de odios viejos. En cualquier momento podían saltar rayos de unas a otras. Después se desharían sobre nosotros con peso de agua que se hace hierro y plomo cuando alcanza la tierra. Eddy Chibás tenía razón, se cumplió lo que vaticinaba. Ya corrió la sangre. Esperamos, y desde aquí pedimos, que no corra más, que lo sucedido sólo haya sido accidente hijo de la alteración. Rogamos a quienes tienen el poder de hecho que mantengan la paz para que, pacíficamente, volvamos al orden democrático...

Prío se fue, y decían que con mucho dinero. Me quedó la imagen de sus gafas oscuras y del sombrero de su mujer, con redecilla. Teresa Moure y yo nos convertimos en esponjas, que todo absorbían escuchando y leyendo, con descuido de nuestros estudios. Nos informaban los compañeros, los profesores, la familia... El Jefe Supremo disolvería el Congreso, mandaría hacer unos Estatutos para sustituir la Constitución («Ley de leyes de la Nación» en el libro de Historia), nombraría un Consejo Consultivo («que le diga lo que quiere oír», según tío Esteban) y decretaría una Ley de Orden Público («para cargarse a quien le dé la gana, como Franco», en visión de mi padre).

En los meses finales del curso fuimos clasificando a los conocidos: quién se inclinaba a favor del régimen y quién se enrolaba «en el barco tomado al asalto», al decir de un comentarista de Radio Progreso. Batista intentaba ganar navegantes; usaba la radio y la televisión, pero le faltaba cultura. No se defendía bien ante los micros y cansaba con la cantinela de «salud, salud para todos». Contra él hablaban y escribían Jorge Mañach, Raúl Roa, Miguel Ángel Quevedo, Pelayo Cuervo Navarro, los hermanos Márquez Sterling...

La gente le llamaba «indio» por ser mulato con pelo lacio. Mestizo, provinciano, sargento, no era aceptado por las personas con clase. Ningún profesional lo tragaba. Los médicos se señalaban en contra de él. Los españoles no lo querían; decían que era muy racista, y santero «de los que van a misa y después le matan un pollo a Changó». Por eso se criticaba a monseñor Arteaga, un vejete, ar-

zobispo de La Habana. Un panfleto de calle decía que «conociendo la condición religiosa africana del Presidente no electo, Monseñor le dio la bienvenida. El Señor tenga piedad de Su Eminencia».

—Pero ya veréis como el gobierno no se mete con los curas, porque ya pactaron —les dijo papá a sus concuñados en el club de Hijas de Galicia—. ¿O no visteis cómo hicieron los curas en España? Los había republicanos cuando vino la República.

—Y cuando pudieron le dieron la puñalada. En el 34 —precisó tío Gonzalo.

—Mejor sería que aquí ayudasen a poner orden —advirtió tío Ricardo.

Serafín calló. Debía de recordar, y comparar España con Cuba. No se imaginaría una sotana episcopal enfrentada a las armas de Batista. Pero, pasado el tiempo, un arzobispo se iba enfrentar a ellas, arriesgando mucho. Incluso con mi propia persona...

Junio. Hacía ya calor denso, vaporoso, habanero. Estábamos en clase de inglés leyendo por turno párrafos de Mark Twain cuando alguien llamó a la puerta.

—Pase —consintió la profesora y el bedel metió la cabeza:

—Campos Méndez, que venga a Dirección.

Todos miramos a Rosy Campos, chica de facciones dulces y risa fácil, jamás castigada. ¿Qué pasaba? La profesora mandó retomar la lectura. Leía Muruyami y ella lo corregía, de buen humor. Hasta hizo broma de que sólo los japoneses eran capaces de pronunciar el inglés peor que los cubanos.

La carcajada general se vio cortada por la fuerza con que se abrió la puerta. Rosy lloraba echándose las manos al pelo claro, ondulado y suelto. Se acercó a su asiento, recogió el bolso y salió.

La profesora la miraba con el libro de Twain en la mano, asombrada. Entonces Teresa Moure siguió a nuestra compañera al corredor. De allí vino su imprecación:

—¡¡Hijos de puta!!

Entró, acomodándose la blusa y la falda, con clara intención de salir.

—Mataron al hermano de Rosy —explicó y se fue.

La profesora continuaba parada, inexistente. Los chicos se pusieron a recoger. Yo me uní a ellos. Otras compañeras me

siguieron. No sabíamos qué hacer, pero vimos que salía gente de otras aulas. Se formó manifestación contra la brutalidad de los policías y sus ayudantes batistianos.

Tony Campos Méndez murió de una paliza. Al velatorio fuimos amigos suyos y de sus hermanos. Tenía la cabeza vendada alrededor de la frente, y del mentón a la coronilla; y algodones en las fosas nasales. Por mucho que se esmeraron los amortajadores, vendas y algodón se habían teñido de rojo pálido.

Se formó un cortejo inacabable a la entrada del cementerio de Colón, tan enorme y tan rico como La Habana, una monstruosidad en piedra pulida al compararlo con los camposantos aldeanos de mi tierra. Por allí circulamos en busca del panteón de la familia Campos. En ese paseo triste bajo un sol alegre Teresa y yo hablábamos con los compañeros de lo que sabíamos de Rosy y su hermano. Un chico mayor se acercó a nosotras como si viniese a ligar y puso cara de galán mientras nos pasaba un aviso:

—Cuando se está apretado entre gente, no hay que decir nada que pueda comprometer a nadie, porque no sabes quién es chivato.

Llegamos al primer verano del *batistato*.

Nuestros tíos ricos, el ganadero y el panadero, veían grandes negocios desde los portales de sus casas en Tarará. Papá y los otros tíos torcían la boca. Esteban, mi favorito entre ellos, el que me mandaba la revista *Bohemia* antes de que nos viniéramos a Cuba, era tan crítico con el nuevo régimen como Quevedo, el director del semanario.

Las tías ricas me convidaron a ir cuando quisiera a la playa exclusiva, a su mundo aparte, al que había que acceder con pase a través de una barrera de policías y militares.

Se lo agradecí pero ese verano no me apetecía ir a Tarará, al bohío de la playa lleno de moscones comiéndome con la vista, al club lleno de niños de papá alardeando de coches, barcos y viajes. Me dediqué a leer en nuestra esquina humilde de La Víbora. Me recliné en casa y por mí no hubiese salido si no fuera para visitar librerías y bibliotecas. Fui a comprar libros con Teresa y también al cine con los amigos y con mamá. Acompañé a mamá al balneario del Hijas de Galicia y gocé de la ingravidez al sol del Caribe, los

ojos cerrados, los brazos abiertos, hasta quedarme casi dormida, entresoñando en el agua tibia.

Así me empezaría a ver imitando oficio de aquellos personajes veloces y valientes que admiraba, los periodistas. Me soñaba investigando vidas y actos, entrevistando figuras políticas, artistas de cine, cantantes, escritores; tecleando rápidamente. De la máquina surgían resmas que iban a la imprenta con fotos...

Sólo fui a Tarará para «los quince» de Anisia, y alguna otra vez a petición de Clara. No me podía negar a la fiesta de mi prima mocosa y roncha, que se andaba levantando los pechitos delante del espejo y tanto miraba los míos, y quería hablar a solas con mi verdadera amiga entre todas las primas.

Era costumbre llevar compañero a las fiestas, sin compromiso de fidelidad en el baile salvo con los novios. Quien sabía de una fiesta pero no estaba invitado esperaba humildemente a que lo escogieran. Por eso me pareció muy atrevido que un chico se postulase para acompañarme a la de Anisia. Íbamos de paseo por el Prado con Teresa y otro chico, que callaron. Ese silencio obligaba a dar respuesta; que fue positiva porque el postulante era rubio, bien tallado y de trato fino.

Me extrañó que él no ofreciera lo que marcaba la galantería, venir a recogerme para ir juntos a la fiesta; y quise creer su disculpa: estudiaba y trabajaba; iba a salir tarde del trabajo y viajaría por su cuenta.

Pero no apareció en la fiesta. La festejada me dio un respiro antes de empezar a lanzarme sustitutos. Algo bailé con ellos, observando el reloj disimuladamente hasta dar por perdida la causa. Clara, que conocía las maldades de su hermanita, me mandaba miradas de comprensión.

Salí al portal a respirar y mirar estrellas. Allí el tío Paco bebía ron y fumaba con otros señores, derrengados en sillones de mimbre. Protestaban de los estudiantes, de los muchachos que molestaban al gobierno. «Parecería que toda la juventud estuviera contra Batista», precisó uno de los amigotes del tío panadero.

—No toda —oí a Clara junto a mí en la baranda—. Aquí El Hombre no corre peligro —no corría. Los chicos invitados solamente hablaban de proezas de pesca del pez espada y de otras pescas que parecían repulsivas por la manera en que las relataban—.

Nosotras también pescamos —dejó deslizar un tirante del vestido sobre su hombro redondo—. Pescamos pero no lo pregonamos como estos niñatos... ¿Qué fue de tu pesca?

—No sé, chica. Y le dejé el teléfono de esta casa por si pasaba algo.

—Qué jodido es que te guste un tipo —me dio un abrazo y un beso muy fuerte—. Vas a tener que trabajarlo, Marianita. ¿Conoces alguna madre negra que te haga el trabajo?

—No llega a tanto, hija. Pero me preocupa que le pasara... algo. Tengo la sospecha de que anda metido en... cosas.

Acerté. Al día siguiente Teresa me llamó para quedar porque tenía que darme una explicación.

—Cometimos un gran fallo, Mariana. Te deberíamos haber contado todo para que estuvieras prevenida —lamía un helado, me miraba con ojos intrigantes, verdosos, pestañudos, la melena trigueña tapándole la cara inclinada sobre la golosina—. Debes saber que nuestro compañero estuvo en Tarará, y bastante tiempo. Anduvo de inspección y te quedamos muy agradecidos.

—¿Quiénes me están agradecidos?

—Ya lo irás sabiendo...

Ese verano de las mil lecturas cimenté amistad con el negro Juan, limpiabotas, quiosquero y algo portero del edificio. Cada vez que le iba a comprar me daba charla desde su trono con cajón para cremas, cepillos y trapos. Su experiencia de hombre con canas me valió para completar estampa del país.

Le conté la historia de Antolín y Rosario y los escrúpulos de mi abuela, que necesariamente tenía sangre prieta. Él me habló del lugar inmundo donde se había criado, construido en torno a un central azucarero. Allí un capataz negro con buen sueldo en la fábrica siempre sería menos que un guajiro, labrador pobre, porque el guajiro era de raza española. Un mulato era también menos que un guajiro... Cosa mala ser moreno. Cuba estaba llena de gente dispuesta a ocultar lo que le quedaba de una raza maldita.

—Pero es fácil saber quién tiene algo de negro —me informé—. Basta con fijarse si le cambia el color de la palma al dorso de la mano. No es lo mismo un blanco de verdad moreno de sol que un mulato claro. Fíjate, fíjate.

Por él supe también que los Batista eran varios hermanos. Uno, muy visto, era Panchín, el político. Otro, escondido, se llamaba Hermelindo. Siendo el que más pasaba por blanco, sin embargo ejercía de palero y le daba consejos a El Hombre.

Los paleros eran videntes. Le pasaban los palos a Santa Bárbara, que era Changó. Los palos representaban las muletas de san Lázaro, o Babalú-Ayé.

En mi tierra también se hablaba de *meigas* y echadoras de cartas, adivinas de vidas de los emigrantes que no escribían; pero allá los santos eran lo que representaban. En Cuba venían siendo, a la vez, *orichás* de los negros. Había más misterio, dos religiones a veces con la misma cara. Me gustaba hablar con Juan de asuntos innombrables.

Nos hicimos cómplices. Él no sólo vendía revistas; también traficaba con los panfletos que corrían por La Habana. El cojín de su silla era clave:

—Niña, debajo de esto siempre habrá algo para ti.

Cuando tenía *material* que entregarme, hacía una seña con la vista y los papeles pasaban a mi bolso en un movimiento rápido...

La señal de contrabando apenas me confundió una vez. Volvía yo a casa repasando las hipótesis que corrían en el Baldor sobre quién le había dado la paliza mortal a Tony Campos y, viendo el guiño del quiosquero, me acerqué a él con el bolso preparado. Pero del cojín no surgía nada.

—Niña, que tus viejos se fueron —me dijo—. Te dejaron una nota. Es urgente que la leas.

Subí. La nota era sencilla: «Murió el abuelo. Ven para allá».

Allá fui. La casa de don Carlos y doña Ignacia ya se veía llena desde lejos. La familia se desparramaba por el portal y la sala, los visitantes entraban en la alcoba donde se velaba al patriarca.

El abuelo parecía un cadáver de película, el rostro despejado y sereno, tan distinto de la cara crispada y amarrada de Tony Campos. Sentadas a cada lado de la cabecera, lo guardaban celosamente la abuela, sin expresión, y la tía Cruz, rota de dolor. De pie recibían pésames tío Esteban, con banda negra en la solapa, y sus otras hermanas, de negro y sin joyas.

A la abuela le di un beso de cumplido; me senté en el suelo junto a la tía Cruz y recosté la cabeza en su pierna; ella me pasó la

mano por la melena. Nos miramos. A pesar de las arrugas, Cruz era la más bonita de las hermanas. Había heredado las facciones gallegas del viejo, su finura de trazo en versión femenina.

Como otras personas también la querían consolar, me levanté y salí al porche, donde se habían concentrado mis primas: Anisia como yo, aún de uniforme; las otras, vestidas en tonos prudentes. Gladys, nuestra decana, de negro perfecto. Había tenido tiempo de pasar por la peluquería. Viéndola como en una foto de *Vanidades*, con moño japonés, fumando con boquilla, me pregunté cómo no se habría casado de nuevo; y recordé algo oído de condiciones de divorcio y pensiones.

Se presentó un señor elegante y adusto, con dos buenos mozos parecidos, los tres de traje oscuro. Abrazó a mi padre y a los tíos con emoción propia de parientes. Los yernos del viejo le contaron de la parálisis y el deterioro final. Extrañamente, el desconocido no pasó al interior. Más aún, el tío Gonzalo fue a buscar al tío Esteban para un nuevo abrazo con él.

—Nos vemos mañana —fue la frase final de la corta visita, indicando asistencia «a la conducción» (de los restos mortales al cementerio), propia de los hombres.

—Ese es Armando, el novio de tía Crucita —me informó Anisia.

—¿Qué dices? —casi la reprendí por lo que parecía un atrevimiento de los suyos.

Pero Gladys le dio la razón y nos contó que el abuelo les daba empleo en La Habana a los mozos de su pueblo. A Armando, que era un tipazo, lo puso de chófer suyo. El galán conductor pretendió a la hija lindísima del patrón y fue correspondido. Entonces doña Ignacia se impuso: su niña no se casaba con un criado. Por no enfrentarse a la mandona, don Carlos le ofreció a Armando un trabajo en Camagüey pero él lo rechazó y Cruz dijo que sólo se casaría con su amor. Eran otros tiempos y la pareja no se atrevió a lo que debía haber hecho. Al final, al chófer guapo le sobraban ofertas y se acabó casando con una gallega lustrosa.

Los periódicos dijeron que el entierro «constituyó una impresionante manifestación de duelo». Así se vio en las fotos. Don Carlos era fundador del Centro Gallego, de los que pagaron la piedra que vino de Lugo para aquella obra grandiosa.

Quince días después sería el funeral.

—La que no venga de luto, que no aparezca —advirtió doña Ignacia.

—Ni que la iglesia fuera suya —comentó Japy, poniendo en cuestión la autoridad de la matriarca en tiempos de revuelta, de cargas policiales contra estudiantes y obreros. Japy, *Happiness*, Felicidad por bautismo había heredado el genio de la abuela a través de su madre, la tía Angustias. Tan distintas de físico, a cada generación más estilizadas, las tres compartían ojos negros, obstinados, sombreados por cejas que parecían acentos circunflejos dibujados a carbón. Aquel comentario auguraba conflicto.

Que hubo. Nuestra prima estilosa vino al funeral vestida de modista: blusa blanca y falda de flores granates con hojas verdes, contrastando con nuestros grises, negros y morados leves.

A la puerta del templo, más oscura que nunca bajo el velo, doña Ignacia esperaba a la familia cogida del brazo de su hijo. Nos pasó revista a todas las jóvenes. En su mirar vivaz surgieron chispas de rabia al comprobar que no todas obedecían. Por un momento pareció que iba a ablandarse su expresión, quizás porque le correspondiera papel de compungida. Pero, cuando Japy la fue a besar, le retiró la cara y dejó oír su sentencia:

—Felicidad, con esa conducta no vas a hacer feliz a nadie.

Vieja aguda... La siguiente vez en que nos juntamos todos con ella fue el día de la Madre de 1953. Según costumbre cubana, la fuimos a ver luciendo una flor en solapa o escote, blanca si la madre de quien la lucía había muerto o roja si vivía. Se mandó venir a un fotógrafo y quedó retratada la familia floreada y sonriente. Algo aliviado el luto, la viuda consintió en que hubiera aperitivo y charlas.

Los del retrato y los *drinks* fingimos el cariño de siempre; pero entre hermanos, cuñados y concuñados se habían tensado las relaciones por culpa de partijas y mejoras en el testamento del abuelo, y porque todo en el país se estaba tensando después de un año de dictadura.

Tío Esteban y su mujer, Candela, eran declaradamente contrarios a Batista. Tía Cruz se hacía la ciega y, como toda la vida, intentaba disolver discusiones. Tía Eugenia y su marido,

«industrial de la panadería», pensaban que era necesario acabar con las algaradas de los muchachos. De sus hijas, Gladys se declaraba apolítica mientras expulsaba humo de cigarros mentolados, Clara hablaba conmigo de lo que se hacía en la universidad —todo en contra del tirano— y Anisia nos miraba con ojos entrecerrados, como miopes, sin interrumpirnos: aprendía lo que las monjas de su colegio no dejaban oír.

Marcela, Ricardo y Richie —su hijo, que trepaba en el National City Bank— se abstendían de criticar los apañes económicos de los políticos. Severina, Gonzalo y sus hijos críticos con el batistato no admitían la censura, odiaban una Cuba al estilo de España. Angustias y Aquilino veían el negocio de las vacas muy beneficiado por los nuevos amos del país. Felicidad y Esperanza parecían disfrutar de esos beneficios paternos como si nada ocurriera, lo cual no era creíble en el caso de Japy...

Corrió el tiempo, rápido y tormentoso. Acababa el curso y terminaba nuestra formación en el colegio Baldor. Nos despedimos, algunos para meses, otros para no se sabía cuánto: las familias comenzaban a «quitar de en medio» a los chicos que se les podían contaminar en el ambiente de La Habana, donde la gente joven desaparecía, donde las calles se limpiaban de cadáveres salvo que a los matones batistianos les conviniera enseñar un escarmiento. Estados Unidos seguía siendo destino soñado de los que se iban a «ampliar estudios y practicar el inglés».

Teresa Moure dijo que no pensaba irse. En Cuba había mucho que hacer, y para lo del inglés ya estaba la Havana Business Academy. Se tomaría el verano con sol y lectura, y en octubre empezaría a trabajar donde la metiera su viejo. Que no me extrañase si no la veía, porque iba a andar un poco alejada, «preparando el futuro».

Pasaron semanas y Moure no me llamaba. Yo tampoco marcaba su número por respeto a lo que me pareció indicación de que la dejase en paz. Sospechaba lío con el chico mayor que nos había hecho advertencia sobre chivatos en el entierro de Tony Campos. Era guapo, misterioso, con tono de voz sereno que recordaba al de mi padre.

Casualmente, fui a Tarárá más de lo que imaginaría; y allá entraba de nuevo guiada por el mulato Clemente en el carro granate

del tío Aquilino. Acompañaba a mamá, que estaba decorando la sala de la tía Angustias. Dominga era la pintora de la familia, como Marcela la música. Ambas habían aprendido en las escuelas del Centro Gallego.

Minguita pintaba en las paredes unas marinas de colores suaves que sólo habían podido salir de *sketches* tomados en los años que vivió en la Mariña de Lugo. La cara gorda del tío se ruborizaba de felicidad viendo los progresos de su cuñada. Se quitaba los espejuelos oscuros y, con el cubalibre en la mano, se imaginaba paisajes descritos por sus padres.

Por pagarle el favor a su hermana, la tía organizó una fiesta de cumpleaños y fin de estudios, «para que Mariana no deje de tener buenas relaciones». Hice lista de amigos para los permisos de entrada. Llamé a Teresa y su madre me dijo que no estaba, sin más. Que le dejaba recado.

Teresa no me llamaba. Llamé de nuevo a casa de los Moure, insistí en que era por una fiesta en Tarará. No me respondió y me extrañó: ella y la gente con la que andaba perdían una ocasión de entrar en el recinto prohibido.

Finalmente no vino a mi fiesta ningún compañero de la Baldor porque los que invité estaban fuera. Rudolf Müller —que quise lucir—, en Alemania.

Celebré mis diecisiete años con vestido blanco estampado de mariposas verdes y negras, corto y con mucho vuelo. Ceremonioso, tío Aquilino me colocó un collar de perlas casi negras y se marcó un bolero conmigo. Durante la pieza me preguntó en qué pensaba trabajar, que él siempre me encontraría acomodo. No supe responderle.

—En lo que te apetezca, en lo que te guste —insistió—, que, a donde vayas, vas a dejar bien alto el pabellón de la familia.

Esa noche de sonidos de *pick-up* y toques de ron en los refrescos bailé mucho con un chico que me presentó Waldo, el cuñado de Fidel Castro. Se llamaba Gerardo. Tenía el pelo negro, ojos de agua clara y piel dorada al sol de la tarde (los compañeros del Waldo vivían de noche y dormían hasta la hora de ir a comer al club). Bailando me habló de minas de níquel, de los negocios de su familia en España y Canadá. España era un país horrendo, donde daban garrote vil a los antifranquistas; Canadá era perfecto,

rico y libre. Descansando en el portal, le dije que quería ser periodista, escribir lo que descubriera.

—Pues escoges mal momento, Mariana —inspiró aire salino para iniciar una explicación larga—: Esta Cuba nuestra es tierra de muy buenos periodistas, y ahí está el ejemplo de los Márquez Sterling para toda América Latina; pero hoy los medios de comunicación sobreviven malamente, no se atreven a criticar las fantochadas y los robos de Batista y los suyos. La censura impide que los periódicos revelen toda la verdad. La gente habla de la guerra de la prensa pero Batista desprecia la prensa, el tipo está seguro de que puede reducirla con los golpes de la policía. ¿Dónde se vio que se cierran los talleres de una revista porque molesta? ¿Dónde se vio que unos matones se metan en una emisora de radio y le revienten los equipos? ¿Y las multas? ¿Y qué me dices de interrumpir un programa de televisión con todo descaro, a la vista de los espectadores? No le tienen respeto a nada, a nada, Mariana.

Cuba era una dictadura en todos los sentidos. Las leyes salían según la conveniencia del régimen, se suspendían las garantías constitucionales cuando convenía; para acabar una huelga, jarabe de porra: policías a la calle y líderes sindicales al trullo. El batistato era una dictadura cobarde y ladrona. No tocaba a los dueños de fortunas, no apretaba a los miembros de clubes exquisitos; y tenía asfixiados los negocios de mostrador: la policía extorsionaba bares y tiendas como hacía la mafia en los Estados Unidos.

La economía andaba mal, escaseaba el trabajo porque las empresas no arriesgaban, el comercio tenía poco movimiento; sólo funcionaba lo que dependía de los Estados Unidos. En manos americanas estaban los frutos del país: azúcar, plátano, maderas preciosas, minerales. Los yanquis controlaban la industria harinera, lo que le quitaba el hambre al pueblo; y la del petróleo, otra necesidad; y la de las comunicaciones. Iban controlando la del tabaco. De América venían barcos cargados de carros, camiones y tractores para ser vendidos como nuevos cuando muchos eran usados.

Españoles y nativos se quejaban de andar con estrecheces por culpa de los arreglos del Batista con los yanquis. Los gallegos

protestaban por lo mucho que trabajaban y lo poco que ganaban. Se instalaban las cadenas comerciales americanas de ropa y calzado sin categoría, haciéndole la competencia a los almacenes de siempre, fundados por españoles.

Nadie hablaba de las armas que circulaban por Cuba, y ¿de dónde venían?

El negocio de cabarés y casinos era compartido por cacos elegantes, altos cargos del gobierno y grandes jefes del Ejército, incluido Batista. A diario llegaban aviones de Miami con tipos dispuestos a jugar y divertirse, no paraba la juerga nocturna; cualquier club se convertía en burdel; los mafiosos americanos tenían grandes mansiones en La Habana, y les había salido competencia: italianos montando garitos.

En el país todo era hambre, miseria y analfabetismo, escuelitas con techo de palma a pocos kilómetros de la capital. En La Habana había algún disimulo, salvo en los barrios con «solares», casas viejas divididas, con cocinas y baños comunes para todos los habitantes. También había «pasillos», casuchas de ladrillo: cocina y habitación. El campo (Camagüey, Santa Clara, Santiago) recordaba escenas de película sobre África, con niños descalzos y sucios.

En fin: tanto generalote y nada en qué mandar. Del Ejército cobraban muchos tipos que no sabían ni cómo ponerse el gorro. Las fuerzas aéreas consistían en cuatro aviones viejos, mal reparados. En un país con miles de kilómetros de costa no había Marina. El sistema militar estaba minado, lleno de mandos ascendidos arbitrariamente...

¡Ay, Gerardo! Me produjo la impresión que causaban algunos profesores, que daban ganas de besarlos. Pero no hubo besos a la luz de la luna, aunque sus manos fueran de hombre, en mi mano y en mi cintura, cuando volvimos a bailar.

25 de julio, día del Patrón de las Españas. Fiesta religiosa y militar en Santiago de Compostela, ciudad del apóstol matamoros. En La Habana, día de Galicia con fiesta cívica en nuestro Centro, mi viejo de dril blanco, panamá sobre la calva. Cantábamos el Himno Gallego, inventado en Cuba. Serafín afinaba como nunca. Al terminar, se limpiaba unas lagrimitas.